

Antes de que llegue
el olvido

Esta edición ha contado con el patrocinio de



Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: Natalia Gonchárova, *Invierno*, 1908,

Museo Estatal Ruso, San Petersburgo

© Peter Barritt / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ana Rodríguez Fischer, 2024

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-21-0

Depósito legal: M-31.485-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Ana Rodríguez Fischer

ANTES DE QUE LLEGUE
EL OLVIDO

 Siruela

Nuevos Tiempos

Acta del Jurado del Premio Café Gijón 2023

Reunido el jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón, compuesto por Mercedes Monmany, Marcos Giralto Torrente, Pilar Adón, Antonio Colinas y José María Guelbenzu, en calidad de presidente, y actuando como secretaria Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones acuerdan por mayoría conceder el Premio Café Gijón 2023 a la novela *Antes de que llegue el olvido* de la escritora Ana Rodríguez Fischer.

La novela es una larga carta que Anna Ajmátova escribe a Marina Tsvietaieva, tras conocer el suicidio de esta, y que nos sitúa en una etapa crucial de la historia de Rusia y de Europa, cuando la despiadada represión estalinista truncó los destinos de ambas escritoras y de otros muchos personajes relevantes de la cultura rusa de aquel tiempo.

El jurado quiere hacer notar que se trata de una apuesta apasionada e intimista que nos acerca a dos mujeres excepcionales.

Café Gijón, Madrid, 11 de septiembre de 2023

MERCEDES MONMANY
ANTONIO COLINAS
MARCOS GIRALTO TORRENTE
JOSÉ MARÍA GUEL BENZU
PILAR ADÓN

Para Choni

*Y para María José Sánchez-Cascado,
in memoriam*

*Oigo en los caminos del aire
dos voces que dialogan.*

ANNA AJMÁTOVA,
«Bocetos de Komarovo» (1961)

*Y el alma — ¡se va hacia arriba!
Déjame cantar mi pena.*

MARINA TSVIETÁIEVA,
«Poema de la montaña» (1926)

¿Sabes qué hice cuando supe...?

Marchar de allí, Marina. Huir de Chístopol.

Era una tarde de otoño de 1941, a orillas del Kama.

Poco antes, a finales de septiembre, fui evacuada de Leningrado. Había empezado el cerco, y en todas partes reinaban la destrucción y la muerte. Yo estaba muy débil. Partí en avión rumbo a Moscú y, una vez allí, supe que la Unión de Escritores planeaba trasladarnos a una república tártara. Desde la capital, nos llevaron en tren hasta Kazán. Era un tren destartado, de vagones húmedos y estrechos, y en los compartimientos con bancos de madera flotaba un hedor sofocante. Se oían protestas y cundía el nerviosismo por hacernos viajar en esas condiciones, hacinados y sin higiene alguna, aunque a mí me daba igual. Yo iba con Pasternak, y en compañía de Borís tú sabes bien que una se olvida de todo. Después de algún tiempo sin vernos, poco importaban la incomodidad y el malestar, ni que todo se desmoronase a nuestro alrededor. Sin embargo, en contra de su carácter habitual, él se mostraba taciturno, cosa que achaqué a sus problemas familiares, dada la tensión que por entonces mantenía con Zinaida, a causa del divorcio. Decidí respetar su silencio y distraerme en la medida de lo posible. Al asomarme a la ventana, miraba indiferente

la humareda que cubría los bosques calcinados y el resplandor del fuego en las casas que aún seguían ardiendo, los puentes rotos semihundidos en el agua, los postes y pilones caídos a tierra, por donde se arremolinaban cables y señales y carteles... Cuando llegamos a Kazán, nos llevaron al muelle para embarcarnos. Navegamos por el Volga y después remontamos el río Kama hasta llegar a la gélida y desolada Chístopol.

Algunos amigos no podían imaginarme en aquellos páramos casi deshabitados y temían que no lograra sobrevivir. Una vez allí, fui en busca de Lidia Chukóvskaja, que por entonces era una de mis más fieles amigas, y me cuidaba siempre que podía. Después de la asfixia del tren y de la zozobra del barco, yo ansiaba el aire libre y la tierra firme, y a toda costa quería ir a dar un paseo, aunque ella opinaba que me convenía descansar. Al fin logré convencerla, y salimos a caminar por las orillas del Kama. Yo estaba impaciente por tener noticias de mis amigos y también de algunos otros escritores y conocidos, así que tenía preparada una buena retahíla de preguntas que le iba soltando a bocajarro. Las lanzaba una detrás de otra, precipitadas, caóticas, sin apenas dejar tiempo a las respuestas, si bien después de lo ocurrido poco antes, al menos ya tenía buen cuidado de mirarla a los ojos cuando le hablaba, y de observar su rostro, en el que de pronto noté una gran perturbación.

El lamentable percance había sucedido a finales de diciembre de 1939. Solo de recordarlo, todavía me queman la rabia y la vergüenza que entonces sentí por mi torpeza. Según

solía hacer en aquellos días desquiciados, la llamé con urgencia, exigiendo que viniera cuanto antes. Y ella acudió sin apenas perder tiempo. La recibí alborozada y le di las gracias, pero no di la menor importancia al hecho de que mi amiga apenas pronunciaba palabra. Pensé que era una manera de mostrar su enfado o desaprobación por el extraño aspecto que ofrecía mi cuarto, con los cristales de las ventanas tapados con hojas de periódicos, y el desorden y el abandono reinando por doquier. Ya en varias ocasiones habíamos discutido sobre este y otros asuntos, sin ponernos nunca de acuerdo, así que de su silencio deduje que ella tiraba la toalla y decidía cejar en su empeño de corregirme. A fin de cuentas, ese caos no dejaba de ser un signo de los tiempos. Además, mi desidia era una minucia en comparación con los asuntos que *yo* necesitaba tratar con Lidia, y que eran de muy otra naturaleza. Todo eso se lo fui diciendo mientras simulaba enderezar el desastroso estado de mi cuarto, sin apenas mirarla mientras me movía de un lado a otro. Al sentarme a su lado en el diván para confiarle el asunto por el que la había mandado llamar, enseguida advertí que no me escuchaba, que Lidia estaba completamente bloqueada, incapaz de seguir o mantener una conversación. Era evidente que algo iba mal. Cuando le pregunté qué le sucedía, me contó que el día 19 habían fusilado a su marido. ¡Dios mío!, exclamé, recordando que Matvéi Bronstein había sido condenado a diez años de internamiento por el simple hecho de apellidarse igual que León Trotski. Al conocer los detalles, me quedé horrorizada. Aquellos días yo misma volvía a temer por la vida de mi hijo Lev: habían revisado su anterior sentencia a trabajos forzados

y ahora lo acusaban de actividades terroristas, y quizás le aguardaba «la medida suprema». Al ver el esfuerzo con el que nuestra amiga intentaba ocultar su dolor para no afligirme aún más, casi me avergoncé como una niña a la que hubieran sorprendido robando algo justo en el momento de ir a esconderlo. Era admirable la paciencia de Lidia, y su tacto y su delicadeza, a diferencia de mi atolondramiento y de mis exigencias, que podrían parecer egoísmo aunque no lo fueran.

Creo que tú también eres así, Marina: impulsiva, arrebatada.

Por eso aquella tarde de otoño a orillas del Kama, me alarmó ver a Lidia, de repente, muy perturbada.

«¡Qué raro...!», exclamaba. «¡Todo esto es rarísimo!», repetía, sin apenas aliento. Su voz sonaba extraña, como si hablara desde un lugar muy lejano. Acababa de preguntarle si tenía noticias recientes de ti porque confiaba en que tal vez podríamos volver a vernos y renovar nuestro maravilloso encuentro de Moscú, el único que mantuvimos en toda nuestra vida, pues, aunque nos conocíamos desde el principio, cuando casi al mismo tiempo las dos empezamos a publicar poemas, y aunque siempre nos buscamos una a otra, en San Petersburgo o en Moscú, solo logramos vernos y estar juntas aquellas dos tardes de junio de 1941.

«Dime, ¿qué sabes de Marina?», le había preguntado. Y mis palabras siguieron vibrando en el aire en busca de respuesta. Luego me tomó de la mano para adelantarse unos pasos en dirección al agua, antes de contestar, en un tono de

voz muy alterado: «Justo aquí, aquí, sobre estos mismos tablonés, cuando íbamos a sortear el charco, Marina también me preguntó por ti. ¿Tiene noticias de Anna Ajmátova? ¿Sabe dónde se encuentra?, dijo. Y ahora tú, precisamente en este sitio...».

Entonces, Lidia rompió a llorar desconsoladamente.

Todavía entre sollozos, balbuceó unas palabras que no comprendí. Su rostro, sin embargo, lo expresaba todo. Quise abrazarla. No sé si para prestarle algún consuelo o para que ella me lo proporcionase a mí. Luego, una violenta crispación se apoderó de nuestra amiga. Rígida, amarga, cuando al fin despegó los labios, Lidia parecía escupir o morder: «Marina Tsvietáieva se ahorcó el pasado 31 de agosto».

Enmudecí. No daba crédito a la noticia que acababa de oír, pero tampoco podía gritar, ahogada en el espanto y la congoja.

De golpe, las sombras parecían cubrirlo todo y las aguas del Kama se iban volviendo más grises y espesas. Como la hiedra que se aferra al muro, así permanecía yo allí: clavada a aquel tablón atravesado sobre un charco sucio. Y pensé que, al igual que sucede con los ríos, la época implacable que nos tocó vivir había desviado nuestro curso cambiándonos el rumbo, que discurría ya por otros cauces, lejos de las orillas. Eso fue lo primero que sentí.

Después recordé el cuento de una niña que se hundía en las aguas del Oka. Se hunde y se hunde irremisiblemente, pero no tiene miedo porque está acostumbrada a mirarse al espejo y medir la profundidad. Y cuando deja de hundirse porque ya ha tocado fondo y todo parece indicar que ha

muerto, surgen unos brazos que la agarran y de una fuerte sacudida la arrancan del fango. Casi desnuda, apenas cubierta por los jirones de su vestido azul, colgada al cuello de su misterioso salvador y pegada al cuerpo, la niña vuela bajo un cielo sin nubes, muy elevada ya sobre la corriente turbulenta, mientras allá abajo los ahogados no cesan de aullarles.

Recordé el cuento de esa niña y anhelé ser el ángel o el diablo que la rescata de la muerte y la hace regresar a la vida. Deseé con toda mi alma que *aquello* no hubiera sucedido aún: ir hacia atrás e impedirte partir.

¿Pero dónde buscar a Marina, ya sin sombra y sin eco?, me preguntaba.

En ningún lugar, Anna. En parte alguna.

¡Murió! ¡Murió! ¡Murió!

Lidia no se cansaba de repetirlo, terca y duramente. Para romper mi estupor y arrancarme de allí.

Pasternak me había dicho que a principios de agosto él mismo había ido a despedirte a la estación cuando marchabas con tu hijo Mur para unirte al grupo de los escritores evacuados que residían en Chístopol y, al llegar allí, yo albergaba la esperanza de poder reanudar nuestro encuentro de junio en Moscú. Borís no me había contado nada más, y era difícil creer que aún no lo supiera. Durante un tiempo solo hubo rumores confusos que corrían de boca en boca y se tardó en conocer los detalles, me explicó Lidia cuando manifesté mi sorpresa. «Además, caso de estar enterado, sospecho que no te dijo nada para no agravar aún más tu precario estado de salud», insistió nuestra amiga al ver que yo seguía allí inmóvil, clavada a aquel tablón, incrédula.

Caía la noche cuando emprendimos el camino de regreso a casa, y poco a poco Lidia me lo fue contando todo. Ahora me consuela saber que al menos ella estuvo a tu lado esos últimos días, que no te dio la espalda en momentos tan difíciles, aunque hasta entonces apenas os conocierais. Lidia adoraba tus poemas, Marina, los pocos que había podido leer. Por eso no se despegó de ti desde que el 21 de agosto llegaste a Elábuga, un sitio algo más retirado que Chístopol y que reservaban para los escritores de menor prestigio, me contó nuestra amiga en un tono de voz que bailaba entre la amargura y el sarcasmo. Siguió contándome que alquilaste una habitación para ti y para tu hijo Mur en la isba de una pareja de ancianos, los Bredélschikov. Llevabas contigo provisiones de arroz, sémola y algún que otro alimento no perecedero, además de unas cuantas cucharas de plata que confiabas poder vender, pues apenas tenías dinero y dudabas de que fueras a conseguir un trabajo. «Por eso vino a Chístopol a los pocos días y solicitó un permiso de residencia, que le fue denegado —concluyó Lidia—. El poeta Nikolái Aséyev y el dramaturgo Konstantín Treniov fueron quienes más firmemente se opusieron a que Marina viviera entre nosotros».

Al oír sus nombres, solté una feroz carcajada. Precisamente esos dos, bramé: el autor de una obra mediocre que se representaba en todos los rincones y teatros a lo largo y ancho de la Unión Soviética durante los últimos veinte años: *Liubova Yarovaia* o la historia de una maestra convertida al bolchevismo que traiciona a su marido, un teniente socialrevolucionario que combate en las filas del Ejército Blanco. Y en cuanto a Aséyev...